

EL ECO LUSITANO.

REVISTA SEMANAL CIENTÍFICO-LITERARIA.

DIRECTOR

D. MANUEL DE LA ROSA Y GONZALEZ.

PRECIOS DE SUSCRICION

Plasencia, trimestre. 8 reales.
Fuera. 9 idem.
Extranjero y Ultramar. 12 id.
Anuncios para los suscritores á 5 cént. línea.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Plasencia.—Dirección, calle de Trujillo, 17, donde se dirigirá toda la correspondencia. Sale todos los Jueves. Pago adelantado en libranzas.—No se devuelven los escritos.

EL ECO LUSITANO.

VINDICACION.

La constante influencia de la Iglesia católica en favor de los esclavos, quedó demostrada evidentemente en nuestro artículo anterior. Mas por si no se diere por satisfecho algun exigente con lo ya dicho, por si alguno no ha descubierto la acción de los Papas en ese prolongado é insistente trabajo de la Iglesia en abolir la esclavitud, daremos alguna noticia de lo hecho y escrito por los Romanos Pontífices en beneficio de los esclavos.

La vista mas miope y la inteligencia mas obtusa, descubren luego que lean las citas aducidas en el número precedente que, los Romanos Pontífices, contribuyeron poderosamente á la conclusion de la esclavitud, velando por la pureza y conservacion de la doctrina de Jesucristo, por la propagacion de ella y aumento del pueblo católico. La direccion é impulso de tan grande obra, se debia á los Romanos Pontífices, y en ese concepto, la esclavitud era combatida por los Papas de Roma, como incompatible con la profesion verdadera de las salvadoras máximas de Jesucristo. La reprobacion constante que de la esclavitud hace la Iglesia desde luego; las medidas previsoras que emplea en beneficio de los esclavos, los medios que pone en juego para salvarlos de la opresion y tirania jamás fueron reprobados por los Romanos Pontífices, antes bien las aplaudieron y bendijeron, aplaudiendo, protegiendo y colmando de bendiciones á los Misioneros que enviaban á las cuatro partes del mundo, para convertir al género humano á la Religion santa de Jesucristo.

Si el Sr. Barrado hubiere leído algo sobre el origen de las Misiones, veria que los Romanos Pontífices cuidaron siempre, desde S. Pedro has-

ta Leon XIII, que rige felizmente la Iglesia, de civilizar y salvar temporal y eternamente al género humano, y por ello desterrar la esclavitud, hacerla desaparecer de la faz de la tierra como enemiga declarada de la libertad del hombre.

Sin género de duda demuestra la actitud de los Romanos Pontífices sobre la materia que debatimos, la multitud de disposiciones canónicas adoptadas en diversos puntos del mundo, en diversas épocas y todas conspirando al mismo fin, animadas del mismo celo, y sirviendo al mismo propósito. Admirable diversidad que se resume en la unidad que la dá vida, vigor y energía: el Pontificado, llevando su espíritu de amor y caridad á cuarenta y tres Concilios, podemos citárselos al Sr. Barrado, celebrados en distintos años, pero en todos ellos combatiendo la esclavitud. Este hecho es elocuente y decisivo, pero aun no lo estimamos bastante; hechos parciales, disposiciones emanadas directamente de la Santa Sede contra la esclavitud, demostrarán al Sr. Barrado lo hecho por los Romanos Pontífices sobre el particular.

No estrañe nadie que al enumerar los Romanos Pontífices, que escribieron contra la esclavitud, no principiemos por S. Pedro y sus inmediatos sucesores, sabido es de todo hombre que haya leído algo, que la Iglesia, en sus tres primeros siglos de existencia, se halló proscrita á menudo, mirada siempre con aversion, y enteramente privada de ejercer influjo directo sobre la organizacion social. Débese tambien descontar mucho de los siglos posteriores, porque habia transcurrido todavía muy poco tiempo desde que la Iglesia, y dicho se está los Romanos Pontífices, ejercia su influencia directa y pública, cuando sobrevino la irrupcion de los bárbaros del Norte, que combinada con la disolucion de que se hallaba atacado el imperio, y que cundia de un modo espantoso, acarreó un trastorno tal, una mescolanza tan informe de lenguas, de usos, de costumbres, de leyes, que no era casi posible

ejercer con mucho fruto una acción reguladora, sin embargo, la Iglesia y los Pontífices Romanos salvaron aquella pavorosa crisis, como han salvado y salvarán cuantas se opongan al desarrollo legítimo de su acción divina en bien del género humano.

Sobre los esclavos, cómo debía libertarse los dicta reglas prudentísimas el Romano Pontífice Gelasio I, siglo V de la Iglesia, y del mismo modo que reconoce la utilidad de la emancipación, reprueba toda violencia contra el derecho de propiedad que los amos tenían sobre sus esclavos. (Distin. 54, c. 3, 10, 11 y 12.) S. Gregorio el Grande, preside un Concilio en Roma el año 537, y se abre á los esclavos una nueva puerta para salir de su abyecto estado, concediéndoles que recobrasen la libertad aquellos que quisiesen abrazar la vida monástica. (Lib. 5, ep. 12.) Declara libres á Tomás y Montana, esclavos, y les concede misericordiosamente en el Señor, el derecho de ciudadanos romanos. El Papa Gregorio III, en su carta al Arzobispo Bonifacio, año 731, encarece la necesidad de que por ningún concepto los esclavos cristianos, sean entregados á los gentiles. Ya se había cuidado la Iglesia de poner coto á los desmanes de los judíos que tomando esclavos cristianos, procuraban insidiosamente hacerlos apostatar.

Adriano I, (De conj. sev., lib. 4, t. 9, c. 1.) dice: Según las palabras del Apóstol, así como en Cristo Jesús no se ha de remover de los sacramentos de la Iglesia, ni al siervo ni al libre así tampoco entre los esclavos no deben prohibirse los matrimonios; y si los hubieren contraído, contradiciéndolo y repugnándolo los amos, de ninguna manera se deben por eso disolver. Esta disposición que aseguraba la libertad de los esclavos en uno de los puntos más importantes, no debe ser tenida como limitada á determinadas circunstancias; era algo más, era una proclamación de su libertad en esta materia, era que la Iglesia no quería consentir que el hombre estuviera al nivel de los brutos, viéndose forzado á obedecer al capricho ó el interés de otro hombre, sin consultar siquiera los sentimientos de su corazón.

Gregorio IX, en sus Decretales, (lib. 3, t. 17, c. 3 y 4.) asienta que los esclavos recibidos en la Iglesia, están consagrados á Dios, por cuya razón, no pueden pasar á otras manos, no debiendo salir de la Iglesia sino para recobrar la libertad. Se vé allí mismo, que los fieles en remedio de su alma, solían ofrecer los esclavos á Dios y á sus santos; y pasando así al poder de la Iglesia, quedaban fuera del comercio común, sin que pudiesen volver á servidumbre profana. El saludable efecto que debían producir esas ideas y costumbres, en que se enlazaba la religión con la causa de la humanidad, no es menester ponderarlo: basta observar que el espíritu de la época era altamente religioso, y que todo cuanto se asía del áncora de la religión, estaba seguro de salir al puerto.

Sería desconocer el espíritu de aquellas épocas el figurarse que semejantes disposiciones quedasen estériles; no era así, si no que causaban los mayores efectos. Puede dar una idea de ello lo que leemos en el decreto de Graciano, (d. 54, c. 12,) donde se vé que rayaba la cosa en escándalo; pues que fué menester reprimir severamente el abuso de que los esclavos huían de sus amos, y se iban con pretexto de religión á los monasterios, lo que daba motivo á que se levantasen por todas partes quejas y clamores.

Contribuirá no poco, habla el inmortal Balmes, á darnos una idea del profundo, que por esos medios se iba obrando en la organización social; el pararnos un momento á considerar lo que acontecía con respecto á la ordenación de los esclavos. La disciplina de la Iglesia sobre este punto era muy consecuente con sus doctrinas. El esclavo era un hombre como los demás, y por esta parte podía ser ordenado lo mismo que el primer magnate; pero mientras estaba sujeto á la potestad de su dueño, carecía de la independencia necesaria á la dignidad del augusto ministerio, y por esta razón se exigía que el esclavo no pudiese ser ordenado sin ser antes puesto en libertad. Nada más razonable, más justo ni más prudente, que esta limitación en una disciplina, que por otra parte era tan noble y generosa en esa disciplina, que por sí sola era una protesta elocuente en favor de la dignidad del hombre, una declaración solemne de que por tener la desgracia de estar sufriendo la esclavitud, no quedaba rebajado del nivel de los demás hombres, pues que la Iglesia no tenía á mengua el escoger sus ministros entre los que habían estado sujetos á la servidumbre: disciplina altamente humana y generosa, pues que colocarlo en esfera tan respetable á los que habían sido esclavos, tendía á disipar las preocupaciones contra los que se hallaban en dicho estado, y labraba relaciones fuertes y fecundas entre los que á él pertenecían, y la más acatada clase de los hombres libres.

Así pensaba la Iglesia y con ella los Romanos Pontífices acerca de la esclavitud, la combatían de frente, y no fué suya la culpa de que estado tan degradante no desapareciera desde luego, había comprometidos altos intereses que fué preciso ir conciliando paulatinamente hasta llegar al fin apetecido á la emancipación universal.

Pío II, en cuyo pontificado se extendió el dominio de los portugueses en la Guinea y en el país de los negros, dirigió en 7 de Octubre de 1482 al Obispo de Ruvo, cuando iba á partir para aquellas regiones, sus Letras apostólicas, en las que no se limitaba únicamente á dar á dicho Prelado los poderes convenientes para ejercer en ellas el santo ministerio con el mayor fruto, si no que tomó de aquí ocasión para censurar nuevamente la conducta de los cristianos que reducían á los neófitos á la esclavitud. Notable es, y

to de Alcántara, donde estuvo algunos días; pero quebrando unas cadenas con sus manos y desquiciando puertas, se escapó de la prisión. Viéndose ya libre, reunió algunos de sus deudos y amigos, y escalando las fortalezas de Trevejo y Robledillo, en la sierra de Gata, llegó á juntar unos ochenta caballos, con algunos infantes, y comenzó con ellos á hacer la guerra al Maestre y á los suyos, en venganza de su prisión, tomando por fuerza de armas las fortalezas de Magacela y Azagala.

Cuando el rey D. Enrique IV, supo estas escisiones y hechos del Clavero, se alegró en extremo, y le escribió directamente mandándole que hiciese guerra como mejor pudiese á su Maestre, prometiéndole el Maestrazgo de Alcántara. El Clavero abandonó entonces el partido del Infante D. Alonso en que venia militando, y se adhirió al de D. Enrique, tomando la empresa contra el Maestre con tan gran corazon y ánimo como si dispusiera de cien mil hombres para ejecutarlo, y con el auxilio de su hermano el Sr. de Belvis, llamado el Gigante, de otros amigos y deudos, reunió hasta 200 caballos y 300 peones. Con ellos fué contra la ciudad de Coria, que la habia tomado el Maestre, por el Infante D. Alonso, y la guarnecia D. Gutierrez de Solís su hermano.

Llega á Coria el Clavero una mañana antes de ser de dia, y la toma por fuerza de armas. El Maestre que entonces estaba en Cáceres sabiendo esto, partió con 800 caballos y 2.000 peones, escribiendo á Fernan Gomez de Solís, su hermano, que tenia la ciudad de Badajoz, que acudiese con el mayor número de gente que pudiese reunir. Lo mismo participó al Conde de Plasencia, que seguía el partido del Infante D. Alonso, como ya sabemos, y este le envió 200 caballos y 400 peones.

El Maestre con este ejército sitió á Coria, no cesando de combatirla dia y noche y el orden que guardaban era el siguiente. Al amanecer el Maestre mandaba tocar las cornetas y se reunian los comendadores y caballeros que tenia consigo; traian las escalas, y los escaladores, y empezaban el combate que duraba hasta el medio dia. El Maestre andaba á caballo, con un baston en la mano, animando á los combatientes. Desde medio dia hasta el oscurecer peleaba Hernan Gomez de Solís con sus gentes, que habia traído de Badajoz y de otras partes, relevando al Maestre; y desde el oscurecer hasta la madrugada, relevando á Hernan Gomez, combatia Pedro de Hontiveros, Capitan del Conde de Plasencia, con los que habia llevado, y otros hombres que se le habian unido.

El Clavero, aunque se veia muy estrechado y combatido, contando solo con 500 hombres, como estos fuesen soldados veteranos ya diestros y experimentados, no se espantaba de nada, y constantemente dia y noche se defendia, y aun

no contento con estar á la defensiva hacia sus salidas de la Ciudad á escaramucear y dar asaltos á los campamentos del Maestre.

Sucedia, pues, que los que el Maestre hacia prisioneros al Clavero, al momento los mandaba ahorcar, y los que el Clavero copaba del Maestre eran por el contrario muy atendidos, honrados, considerados y guardados, por lo que con esta conducta se le aficionaban, como sucedió con Lorenzo de Ulloa, Caballero cacereño, que hecho prisionero, le honraba y á su mesa para comer le sentaba.

Se continuará.

LA INFIEL.

BALADA.

Hermosa era Giselda. Sus cabellos, negros mas que el fruto del moral silvestre, hacian resaltar la dulce palidez de su rostro iluminado por el brillo de unos ojos indefinibles como el color de la mar.

Las doncellas de la vecina aldea la miraban á hurtadillas cuando al hundirse el sol en el fondo del lago, cruzaba el valle, con la soltura de la corza, para coger conchas marinas en la desierta ribera. Los mancebos suspiraban en vano si por fortuna los claros ojos de Giselda se encontraban con los suyos, ligeros como el relámpago.

Solo el cantor Herman, Herman el de la montaña, habia logrado mas dichoso embelesar con los acentos de su laud el corazon de Giselda.

Dos años pasaron entre envidiable ternura y continuos juramentos de amor. Como Herman no tenia mas patrimonio que su laud, el siniestro espíritu habia penetrado en el corazon de la hermosa jóven, diciéndole en el silencio de la noche:

«Gallarda es tu hermosura, pero nadie te igualaria si ciñeras tu cuello con sartas de perlas, y mezclaras entre esos negros rizos encendidos rubies. Entonces serias la reina del valle; la mas seductora de todas tus compañeras.»

¡Ay! la débil Giselda sucumbió al demonio de la ambicion.

¿Qué podia hacer sino olvidar á su fiel Herman? Un rival opulento, el conde Rodolfo, realizo sus funestos ensueños. El misterioso laud dejó de tener eco en el corazon de la ingrata.

Desfallece de dia en dia el cantor de la montaña. Su voz, perdida entre el murmullo del lago, va á morir en el fondo de las aguas, sin que un suspiro responda como en mejores dias á la amorosa trova. Vaga en la soledad de la noche por la desierta orilla, y cuenta sus pesares al blanco

lucero que para consolarle detiene su curso sobre la linfa azulada.

Herman desaparece al fin de aquellos lugares, testigos de su infortunio, como antes de su felicidad.

La hora de la expiación vá á sonar en el corazón inconstante de Giselda.

Entíbiase la pasión en el alma de Rodolfo, y al poco enlaza su mano con la de una ilustre dama, ante el ara sagrada de la religión. ¿A dónde volverá sus ojos la abandonada campesina?

En vano, arrepentida, evoca bajo el peso de su crimen los puros recuerdos de su leal amante, aquellas memorias tan risueñas como el primer sol de Mayo,

En vano, renunciando á todo reposo va sin cesar á las orillas de aquel lago, donde su noble Herman le ha cantado tantas veces sus amores.

Pregunta á las olas, y al romperse en las arenas mienten para atormentarla suspiros de dolor. Hasta el blanco lucero, testigo un tiempo de su dicha, se oculta entre nubes cuando sus ojos le buscan.

Una noche ¡ay! el sonido vago de un laud llega á su corazón, atravesándolo como una saeta de dos filos.

Revuelve en derredor su mirada, ya sin brillo ni alegría. Recorre ansiosa la desierta ribera, y entonces ¡miserable Giselda! pendiente de las encorvadas ramas de un sauce solitario, ve el laud de su fiel Herman, que ha resonado como un arpa eólica: inclina sus ojos á la tierra y descubren en ella una modesta cruz que las ondas del lago salpican de vez en cuando con sus lágrimas.

A. A.

ESPIRITU Y MATERIA

(A MI QUERIDO PADRE.)

Vivo en el mundo sediento
De saberme comprender;
¿Es la materia instrumento
Del alma, que al débil ser
Le dá vida y movimiento?

¿O es el alma la que agita
A la materia que vive?
¿Que es lo que en mi ser palpita
Cuando el cerebro concibe
La inmensidad infinita?

¿En dónde se encuentra el cielo
Que es mansion del alma pura?
Ese azul, ¿es solo el velo,
Qué me finge la ventura
Buscada con tanto anhelo?

Cese la duda menguada:
Y en lucha tan empeñada,
Vuelva lo finito al lodo;
¿Qué es el espíritu? ¡todo!
Y ¿qué es la materia? ¡nada!

¡UN PENSAMIENTO!

¡Era tarde de Abril!... Yacía sentado
Escuchando los trinos
Por las aves con júbilo lanzados
Allá en bosque vecino.

El astro en la mitad de su carrera
Grave, magestuoso,
Enviaba vibrante á las praderas
Sus rayos luminosos.

La bóveda celeste, clara, hermosa,
Por doquier estendida,
Tachonada de azul y esplendorosa
A meditar convida.

Por aquí y por allí, las bellas flores
Con su grata sonrisa
Exhalan sus balsámicos olores
Y aromas por la brisa.

Presentan las colinas, los collados
Verdura encantadora;
Parece sus matices han robado
A la pintada aurora.

La oveja y el hermoso corderuelo
Pacen tranquilamente,
A la orilla de un vívido arroyuelo
De linfa trasparente.

La pastora y el tierno pastorcillo
Alegres murmuraban
Un amoroso cántico, sencillo,
Que el alma entusiasmaba.

De muy léjos también se percibía
El murmullo de voces
De un pueblo comarcano, que bullía
Del placer en los goces.

Tan bello panorama contemplando,
Mi mente meditaba!...
Y pasos adelante dando... dando
Ignoro do me hallaba.

Contempla confundida el alma mía
En todo variedad!...
¡En todo una bellísima armonía
Divina... celestial!

no ha debido perder de vista el Sr. Barrado, el hecho culminante de que á fines del siglo XV, cuando puede decirse que tocaban á su término los trabajos de la Iglesia para desembrollar el caos en que se habia sumergido la Europa, á causa de la irrupcion de los bárbaros, cuando las instituciones sociales y políticas iban desarrollándose cada dia mas, formando ya un cuerpo algo regular y coherente, empieza la Iglesia á luchar con otra barbarie que se reproduce en países lejanos, por el abuso que hacian los conquistadores de la superioridad de fuerzas é inteligencia con respecto á los pueblos conquistados.

Paulo III, en 20 de Mayo de 1537, envia sus Letras apostólicas al Cardenal Arzobispo de Toledo, letras en las que se contienen las mas severas y fuertes reconvenciones contra los que se atreven á reducir á la esclavitud á los habitantes de la India. Urbano VIII, en 22 de Abril de 1639, envia Letras apostólicas al Colector de los derechos de la Cámara en Portugal, letras en las cuales no solo reprueba la esclavitud y tráfico con los indios, sino que condena á los que presnten auxilio y favor á los que compran y venden á los conquistados, sin que sea lícito por medio alguno cooperar á ello. Benedicto XIV, confirmó despues y renovó estas prescripciones de los Papas ya mencionados, por nuevas Letras apostólicas á los Obispos del Brasil y de algunas otras regiones en 20 de Diciembre de 1741, en la que excita con el mismo objeto la solícitud de los Obispos. ¿Cómo pasar en silencio á Pio VII, de feliz memoria? ¿Quién no conoce las Letras apostólicas de Gregorio XVI? Publicáronse en Roma el dia 8 de Noviembre de 1839, contra el tráfico de negros, como son de actualidad, creímos las conoceria el Sr. Barrado, pero ya que no las ha visto, nos permitimos recomendar su lectura; son bellísimas en el fondo y en la forma, y contienen un grito de reprobacion universal contra el inmoral comercio de negros, es el lenguaje de la Iglesia en todos los siglos contra la esclavitud, publicado y reforzado en nuestros tiempos por la augusta voz del Vaticano, por los Papas de Roma, á quien tan irreflexivamente ha condenado el Sr. Barrado.

GLORIAS PLACENTINAS.

EL CLAVERO.

I. La calle única en nuestra Ciudad, que lleva un nombre verdaderamente histórico, y nos recuerda á uno de los famosos placentinos de su tiempo, es la que ha vulgarizado y perpetuado entre nosotros el recuerdo del noble D. Alonso de Monroy, llamado el CLAVERO, por lo que sabremos despues de leida esta biografía.

Este Hércules extremeño hace siglos que abandonó su Ciudad natal, desaparecieron lo como todos desapareceremos de sobre la haz de la tierra. Nadie puede ya darnos razon de su persona; pero aunque no le conociésemos, ni creamos en el *espiritismo*, despreciemos sus *mediams*, sus *comunicaciones* y todos los risibles aparatos y pantomimas, con que esta farsa pretende darse tono y formalidad; nosotros vamos á llamar á nuestra presencia al Clavero, y estamos seguros que no faltará al llamamiento. Con el talisman poderoso del estudio vamos á evocar su sombra, para que su figura, la figura de un fuerte y esforzado paladin, abandonando la tumba de las antiguas crónicas en que yacé sepultado, y sacudiendo el polvo de los arrugados y denegridos pergaminos que le sirven de sudario, se nos presente comova á presentársenos, y á reaparecer á nuestra vista tal cual era, en las columnas de este periódico, á fin de que el guerrero D. Alonso de Monroy, sea tan conocido por nosotros sus paisanos, como lo es la calle que lleva su renombre del Clavero.

Nació D. Alonso de Monroy en nuestra ciudad sobre el año de 1430, en los tiempos del reinado de D. Juan II. Fué hijo de D. Alonso, señor de Belvis, Almaraz, y Beleitosa, y de su muger D.^a Juana de Sotomayor, hermana del poderoso Maestre de Alcántara D. Gutierrez de Sotomayor, que tuvieron otro hijo llamado el gigante.

A través de cuatro siglos podemos retratar al Clavero, que así le llamaremos, y dar á nuestros lectores su semblanza. Era de gigantesca estatura, membrudo y de grandes fuerzas, tenia buen rostro y agraciado, los ojos muy grandes y garzos y era corto de vista. Animaba tanto á los que consigo llevaba, que las cosas grandes se le hacian livianas, y mucha gente no osaba esperar á la suya, aunque fuere poca, si sabian que él iba allí. Fué siempre el primero en acometer, y el postrero que se retiraba de las batallas. Su cuerpo no se cansaba de ningun trabajo, ni en el ánimo era vencido. En el comer y el beber era moderado; sus armas defensivas y ofensivas eran tan pesadas, que causaban espanto poder sufrirlas ningun hombre, y así dormia con ellas en el suelo por la costumbre que ya tenia, como si con ellas no estuviera. Su espada y su lanza apenas otro hombre las podia jugar. El recaton de la lanza que usaba era el hierro de otra lanza, y nunca hombre encontró con ella en ristre que á su bote no le lanzara de la silla. Mudaba con frecuencia de caballos, por que no podian sufrir su peso, y el caballo que montaba le traia con dos y con tres cinchas. Siempre decia á los suyos: *Haced como me vieredes hacer*. Era sobremanerá venturoso en la guerra, y otros decian que *lo sabia hacer tan bien, que la ventura por fuerza le seguia*. Siempre peleó con gentes que eran en mayor número que la que él llevaba, y siempre salió vence-

dor, aunque se encontró en innumerables batallas, encuentros, asaltos, desafíos y graves peligros. Cuarenta años sostuvo la guerra en las provincias de Leon y Extremadura, y entró invadiendo el reino de Portugal. Faltóle su padre, siendo niño de 13 años, y su madre le envió á su hermano el Maestre D. Gutierrez de Sotomayor, el cual cuando le vió, se admiró de su talla y desarrollo, pues parecia un mozo de 18 años. El tio le enseñó á jugar todas las armas, y á manejar un caballo, segun se acostumbraba entonces, y en poco tiempo, en el ejercicio de las armas, aventajaba á todos. Se educó para su época.

Murió D. Diego de Anaya, que era entonces el Clavero de la Orden de Alcántara, y el Maestre, su tio, le dió la Clavería y la Encomienda de Ceclávin. En aquellos tiempos habia en Extremadura muchos bandos y guerras, y el Rey D. Juan II, bajo cuyo reinado esto sucedia, mandó al Maestre D. Gutierrez, á quien estimaba y queria mucho, por Gobernador de Cáceres, de Trujillo y de sus tierras, porque unos nobles y otros se tomaban los castillos y saqueaban sus términos. El Maestre pacificó las cabezas principales y á los tiranuelos, de que el pais abundaba entonces, que se hicieron fuertes, lo mismo que á sus gentes de guerra espelió de la tierra. Contra estos envió muchas veces á su jóven sobrino, y nuestro héroe D. Alonso, ó sea el Clavero, y éste tuvo algunas batallas, reencuentros y combates de castillos, y en todo se mostraba tan sábio y valiente, que por su poca edad y prudencia á todos admiraba. De esta manera se pacificó el pais, y estos ejercicios fueron el noviciado y preparacion del Caballero novel, adiestrándose para lo mucho que despues hizo.

Murió su tio en 1457, y por órden del Rey D. Enrique IV, le sucedió en el Maestrazgo de Alcántara D. Gomez de Cáceres y Solís, natural de Cáceres, con el que nuestro Clavero tuvo amistad mucho tiempo.

Aconteció en el año de 1467, en el mes de Junio, que en Avila muchos grandes del reino, y con ellos el Maestre D. Gomez alzaron por rey de Castilla y de Leon al Infante D. Alonso, á quien tenían retenido en esta nuestra Ciudad alojado en el alcázar, ó sea en la *Fortaleza*, por que el Conde de Plasencia era tambien de los conjurados, negando la obediencia á D. Enrique su hermano, y el Maestre, con los Caballeros de su Orden y otras gentes, comenzó á hacer guerra por el rey D. Alonso, titulándose Capitan general, contra las ciudades y villas de Extremadura que seguian la voz del desventurado Enrique IV, y con este color tomó por armas la ciudad de Badajoz y la villa de Cáceres, y las tuvo en nombre del rey D. Alonso por término de muchos dias.

Durante su permanencia en Cáceres, el Maestre casó una hermana suya llamada D.^a Leonor de Solís, con un noble Caballero de Trujillo, llama-

mado Francisco de Hinojosa. Las bodas fueron en Cáceres, donde se celebraron con aparato, grandes fiestas y juegos, concurriendo á ellas mucha nobleza de toda Extremadura. Uno de los dias antes de dar principio á los juegos de *correr cañas*, propuso á los Caballeros el hermano de la novia, ó fuese el Maestre, que luchasen entre sí los que quisieran, porque la lucha en aquel tiempo era muy usada entre los guerreros, y comenzaron á luchar unos con otros muchos de los concurrentes. Nuestro famoso Clavero era tan diestro y gran luchador, que nunca luchaba sino con una mano, teniendo la izquierda atada á la espalda, y aun de esta manera nunca se hallaba quien le derribase. Todos deseaban verle luchar por la fama que tenia, pero ninguno le provocaba á la lucha, sino fué el novio que tambien era estremado luchador. Rogóle, pues, que luchase con él, y el Maestre mismo, levantándose de su asiento, fué tambieu á rogar al Clavero que luchase con el novio, ya marido de su hermana. El Clavero respondió, *que lucharía, pero que habia de ser á la manera que él solia luchar, con la una mano, teniendo la otra atada*. El novio resentido contestó *que con aquella ventaja con el mismo Héctor que fuera no lucharía*, quedando corrido con la proposicion del Clavero, y mucho mas los hermanos del Maestre, que tambien allí se hallaban, tomándolo por desaire y desprecio, quedando ya picados.

Al dia siguiente se *jugaron cañas*, para esto tenían puestos unos tablados muy altos á fin de que los caballeros tirasen sus varas sobre ellos, que era una de las suertes de este juego, y con lo que se acostumbraban á tirar las picas sobre los adarves de los muros. Como todos hubiesen ya tirado sus varas sobre los tablados, el Clavero en vez de ligera vara toma su guesa lanza de cabalgar ó de ginete y metiendo piernas al caballo que montaba, la arrojó encima de los altos tablados. Admiracion y asombro causó este hecho á los espectadores todos, y mas y mas crecia envidia y enemistad de los hermanos del Maestre y del novio, el cual queriendo vengarse tiró dos ó tres cañas ó varas al Clavero cara á cara y una de ellas estuvo en poco que no le saltara en el ojo. Viendo el Clavero que Hinojosa, ó fuese el novio, tiraba con ruin y dañada intencion contra él, y le tiró una caña con la que le dió en el arco postrero de la adarga, y pasando adelante pegó en el casco que tenia puesto, se le abolló y le hirió en la cabeza. El golpe fué tan récio que derribó al novio del caballo, estando en poco que quedar viuda en los mismos dias de la boda la hermana del Maestre. Entonces se levantó un alboroto en el palenque y los hermanos del Maestre con otros muchos acometieron al Clavero con intencion de matarlo; mas se defendió valerosamente de todos, hasta que el mismo Maestre bajó de la ventana donde estaba y de él prender. Preso ya le hizo conducir á su con-

Del fondo de mi pecho, agradecido
Al Eterno Creador,
Se eleva un pensamiento repetido
Por toda la creacion.

Que con voces variadas y argentinas
Entona noble canto,
Que repiten las bóvedas divinas
Diciendo: ¡Santo, Santo,

Eterno es el Autor de lo creado,
Magnánimo, potente!
Sea por todos los seres ensalzado
Y obedecido siempre.

FLORENTINO DOMINGUEZ
Y GOMEZ.

Colegio de la Constanca de Plasencia.

ACLARACION.

Con profunda indignacion hemos leído el suelto que *El Estremeño* publica en el número 20, correspondiente al Domingo próximo pasado, y en el cual se prodigan *groseros* y *soeces* insultos á la Redaccion de esta Revista, por el acertijo inserto en el número 10 de la misma.

Verdaderamente que proceder tan indigno no merece los honores de la réplica, pero no obstante, para que el público conozca la verdad de los hechos, y nuestra decencia, hacemos esta ligera aclaracion.

Conste, que al hacerla, no es en obsequio de *El Estremeño*, del que no volveremos á ocuparnos, por que seria darle demasiada importancia, sino en el de los lectores de ambos periódicos, para que de esta manera puedan juzgarnos.

Por motivos que nuestro digno Director manifestó en una asáz, cortés y atenta carta, dirigida al de *El Estremeño*, y que quizá no merecia, no pudo estar aquel al frente de la Redaccion del número 10 de esta Revista, quedando ésta á cargo de los Redactores.

Estos cumplieron su deber; más al hacer el ajuste de las planas, los cajistas encontraron que faltaban algunas líneas para completar la columna, y la llenaron con el acertijo en cuestión, que bajo sobre habian remitido para la sección recreativa, firmado con las iniciales T. N. G.; en ausencia de los Redactores, y no juzgando aquellos fuera ofensivo al Sr. Pinto.

Esta es la verdad de lo ocurrido; y sépa dicho Sr. que los Redactores firman los escritos correspondientes, y jamas se ocultarán bajo el anónimo para herir en lo mas mínimo su personalidad, ni la de nadie.

Que si continúa insertando sueltos como al que nos referimos veremos quien *afina* primero.

También esperamos de la *impresionabilisima* sus-

ceptibilidad de *El Estremeño*, no nos calumnie ante la prensa en general, dando títulos á *El Eco Lusitano*, que si no le denigran tampoco le enaltecen.

Y con el fin de evitar el contagio, le suplicamos no vudva á visitar nuestra Redaccion.

PARA CONCLUIR.

Acabamos de leer «La Locomotora» donde el escritor Roca-bella, se lamenta del tono acre con que contestamos á su artículo *Un Sábio más*. No es nuestro sistema insultar, pero sí tenemos por costumbre ir al terreno en que se nos provoca. ¿Acaso era otra cosa que una serie de insultos su escrito, origen de nuestra réplica? Una sátira puesta como comentario á los «Dos Recuerdos,» donde se me designa con los calificativos de *ilustre escritor, poeta insigne, lumbrera, escritor insigne*, (otra vez), *que aplasta*; donde se me pregunta asombrado *¿tienes ideas? qué rareza*; en que se me dice que mi trabajo es *un atentado contra el buen sentido literario*, y otras espresiones por el estilo, v. g. *Calaberon etc.* ¿revelan otra cosa que ensañamiento é insultos? ¿indican mas que un deseo de venganza? pues si tantos eran tus deseos, pudiste apelar á otro medio mas lógico y razonable, y sobre todo, no emplear *pseudónimos*, y haber insultado á cara descubierta, haciendo caso omiso de la educacion y decencia de que ahora blasonas,

¡No encontraste otro trabajo mas digno de censura que aquel que dedicaba á mi queridísima madre, sin otra pretension que la de consagrarla un amoroso recuerdo!

Demas ha debido comprender Roca-bella, que la réplica si bien está escrita con intencion de mortificarle, no nace de la pena que pudiera atormentarme al ver criticado un pequeño trabajo mio, sino de las duras frases, de el ofensivo lenguaje que campean en su artículo. Y aunque como neófito en esta clase de asuntos, mostraré mi reconocimiento á todo el que me enseñe el buen camino, y evite los tropiezos inherentes á la falta de práctica, no estoy dispuesto á tolerar que las lecciones vengan en sen de burla, arrojando mi nombre para pasto de la crítica.

Use otras formas el colaborador de «La Locomotora,» y tendremos summa complacencia

en contestar en los términos comedidos y prudentes que ninguno debemos olvidar.

No nos pesa lo escrito, porque en nuestra conciencia está la tranquilidad del que lleva la seguridad de no haber iniciado ni provocado el debate.

Por último, sepa nuestro propósito el Sr. Roca-bella; si insiste insistimos, si insulta insultaremos, si escribe con comedimiento comedidos seremos, si es atento, más nosotros; en suma, donde se nos llame, estamos.

ALPHA. MARTIN TORRES.

Si en el artículo «Un Académico Mas» se censuraba al Director de nuestro apreciable colega *La Locomotora*, era porque el articulista Roca-bella en el de «un sabio mas» hacia lo mismo con el nuestro.

Que conste.

Leemos en «El Constitucional» de Alicante:

«Acaba de publicarse un libro dedicado al Sr. D. José María Muñoz con estensa biografía da este varon esclarecido que vive para la caridad.

Con objeto de leer este libro, se reunieron anteanoche en el salon de nuestro querido amigo D. Matias Torres, Director de la Sucursal del Banco de España, muchas de las personas que se dedican aqui al cultivo de las letras.

La velada literaria, que amenizó el amable anfitrión con un excelente café, fué agradabilísima, pronunciándose entusiastas brindis en honor del Sr. Muñoz, y acordándose por unanimidad elevar una exposicion á S. M. pidiéndole una recompensa para aquel héroe de la caridad.

Estos rasgos nos llenan de satisfaccion porque siendo un tributo pagado á las virtudes revelan que en Alicante palpita siempre el noble sentimiento de gratitud.»

AL «ADELANTE DE SALAMANCA.»

Si se compromete formal y solemnemente *El Adelante*, á sostener con dignidad la polémica sobre la es-

clavitud, la Revista *El Eco Lusitano* de Plasencia, publicará lo que *El Adelante* escriba, y contestará, insertando uno y otro los artículos respectivos.

Se suplica á nuestros lectores encomienden á Dios el alma de DONA TERESA GONZALEZ DE CAMPO, que falleció el 29 de Febrero último, y con cuya amistad nos honrábamos en sumo grado.

Las relevantes virtudes de que estaba adornada, su carácter afable y bondadoso y su caridad sin límites con los menesterosos, son motivos suficientes para que hayan quedado sumergidos en el mas profundo pesar, cuantos habian tenido la honra de conocer las bellas cualidades de la finada, y muy especialmente su esposo D. José Manuel Fernandez del Campo, y su hijo D. Jesus, del Comercio de Salamanca.

Acompañamos á uno y otro en el intenso dolor, que les ha ocasionado tan terrible acontecimiento.

¡Dios les conceda la resignacion cristiana!

SALTO DE CABALLO.

No	zas	dad,	na	pen
tie	cio	de	que	de
que	ci	rra	de	mos
por	la	fe	las	nos
li	ri	pro	en	la

Empieza en el 1 y acaba en el 25.

(La solucion en el número próximo.)

Solucion á la charada anterior, REMO.